
CAPITULO VI.

TERCERA DIFICULTAD.

Establecer el cristianismo.

I.

Destruir el judaismo y el paganismo, no era mas que la primera y ménos difícil parte de la empresa. La segunda era establecer sobre sus ruinas el Cristianismo.

Ahora bien, que era el Cristianismo?

Era la adoracion de un Judío Crucificado que reemplazaba en todos los altares del muudo, al eterno Jehová y al gran Júpiter. Era esto tanto para el judío como para el pagano el mas monstruoso sacrilegio. Era el cambio completo de la razon y la mas crasa locura. Para los menos hostiles era el cristianismo una religion nueva, absurda, imposible, desacreditada de antemano por el igno-

minioso suplicio de su autor, y despreciable por la oscuridad de sus adeptos.

II.

Para un gran número, tanto entre los judíos como entre las gentiles, el cristianismo era algo mas odioso aún. Era la aparición formidable de la verdad, de esta verdad acusadora que el hombre huye como de un azote; porque condena sus obras tenebrosas, le fatiga con sus desapiadadas luces y le persigue con implacables remordimientos. ¿Cuál no debió ser el espanto, el terror, la rabia de todos los hombres de corazón corrompido, de que el mundo estaba lleno, cuando reconocieron á esta Reina absoluta que venia á reivindicar sus derechos usurpados? (1)

III.

Si Sócrates que es llamado el mas sabio de los filósofos fué condenado á beber la cicuta por haber osado publicar una sola de estas verdades reformadoras, como serian acojidos aquellos que vendrán á proclamarlas todas, con una autoridad que no ad-

1. Illuminans tu mirabiliter á montibus æternis, turbatis sunt omnes in sapientes corde.—Ps. LXXV.

mite réplica? Así por una coincidencia inaudita, la ignorancia del vulgo y la ciencia de los sabios conspiraban con igual vigor contra el establecimiento del Cristianismo.

IV.

Es preciso decir: Su mas formidable cómplice era el mismo Cristianismo. En su dogma, era una religion llena de increíbles misterios. Predicaba un Dios Judío, y Judío Crucificado, un Dios único y tres personas en este Dios; un Dios-Hombre nacido de una virgen; un Dios que se come bajo la forma de un pedazo de pan, que se bebe bajo la apariencia de algunas gotas de vino; y otros cien dogmas igualmente ridículos á los ojos de la razón. Todos estos dogmas era preciso admitirlos, sin decir palabra, y con tal convicción que se debía morir por su defensa, bajo pena de caer al salir de esta vida en las llamas eternas.

V.

En su moral, era una religion que espantaba por su severidad y austeridad. Espantosa por su severidad no se contentaba por condenar los actos culpables. Proscribía las palabras, las miradas, las me-

nores señales opuestas á alguna de las virtudes que predicaba, y predicaba todas. Descendiendo hasta el fondo de las conciencias iba á buscar la fibra mas delicada y la arrancaba sin piedad. A sus ojos el pensamiento del mal fugitivo pero consentido, era un crimen digno del castigo de una eternidad de suplicios.

VI.

Espantosa por su austeridad; no hablaba sino de crucifixion, de lágrimas, de mortificaciones, de ayunos, de continua vigilancia, de combates contra sí mismo, de confesiones humillantes, y de otras mil prácticas desagradables y en apariencia mas absurdas unas que otras.

Basta citar un solo ejemplo: "Se decia á un hombre que deseaba ser cristiano. Si quereis ser de nuestra religion, es preciso que te desnudes. "Desnudarme, quien? yo? un hombre honrado, un príncipe, un emperador, un Constantino, desnudarme? Al decirme esto, os burlais? Si, es preciso os quedeis en camisa delante de uno de vuestros vasallos, y le rogueis os introduzca en el agua, y no solamente hasta el cuello, sino sobre la cabe-

"za. Así se bautizaba en la primitiva Iglesia." (1)

Ademas mandaba la observancia de leyes desconocidas contrarias á las costumbres mas antiguas, á las preocupaciones mas universales, tales como el perdon de las injurias, el amor á los enemigos, la fraternidad de todos los hombres y su igualdad ante Dios; es decir, que atacaba al corazon de todo el mundo antiguo cuya base social era la esclavitud.

VII.

En su culto no inspiraba ménos repulsion. Las magnificas iglesias, las brillantes solemnidades, las imponentes ceremonias que hoy cautivan los sentidos y atraen los corazones, eran desconocidos en el antiguo Cristianismo. Esta es una religion pobre, que en vez de pomposas fiestas, bailes, festines, juegos del circo, espectáculos del anfiteatro, no ofrecia sino lúgubres imágenes, recuerdos sangrientos, lecturas serias, instrucciones y oraciones cuyo objeto en nada adulaba á los sentidos. Era pues una religion enteramente espiritual y que se

1. Le Pere Lejane, sermon sur l'établissement de la Foi, t. V, 451.

referia porvenir. Por toda recompensa no prometia en la tierra, sino el desprecio de los sabios, el ódio de los pueblos, la espoliacion, la muerte bajo las formas mas espantosas; y despues de la muerte, bienes invisibles de que el hombre no puede tener idea.

VIII.

Que el mundo antiguo hubiera aceptado sin resistencia y aun con agrado el paganismo, que se postrara estrechamente á él, se concibe. Establecer el paganismo, era abrir al torrente de las pasiones los diques que lo retienen. Establecer el cristianismo era al contrario, no solamente detener este torrente sino hacerlo retroceder hacia su origen. Ser pagano, era adorar las más imperiosas y caras inclinaciones. Ser cristiano era vivir crucificado. Si la primera empresa no ofrece dificultades, la segunda era un reto hecho á todas las fuerzas humanas.

IX.

Por la misma razon se explica el éxito que á la cabeza de ejércitos fanáticos, el camellero de la Meca, se presenta al árabe corrompido é ignorante;

luego sable en mano le prohíbe los placeres, y le dice: Cree ó muere.

Su fé le pide y lo autoriza durante su vida para el pillage, asesinato, y reduccion á la esclavitud de todo lo que no es creyente; despues de su muerte, le ofrece en premio todos los placeres sensuales en un paraíso de delicias. Así se concibe como el mahometismo adulando las pasiones ha podido tener tan innumerable número de secuaces. Para obtener semejante resultado no es preciso ser Dios, ni hacer milagros, ni ser santo, ni profeta.

X.

Así es como todas las pretendidas religiones han aparecido en el mundo. No hay una sola que haya debido su origen, su progreso y su duracion á la emancipacion de una de las tres concupiscencias del corazón humano: el orgullo, la codicia, y la sensualidad.

La luz es ménos opuesta á las tinieblas, que el cristianismo á todas las falsas religiones. Él solo no hace pacto con ninguna debilidad; él solo ataca de frente todos los vicios y todas las inclinaciones

corrompidas; solo él predica todas las virtudes y manda todo género de sacrificios.

Tal es, la religion que se trataba de establecer.

CAPITULO VII.

CUARTA DIFICULTAD

La estencion de la empresa.

I.

A quién se pretende imponer esta tremenda religion?

A algunos poblachos aislados, ignorantes y seminisalvajes?

No.

A algunas pequeñas ciudades de Oriente y Occidente, que tan estrañas eran á las luces como á la corrupcion del resto del mundo?

No.

A los pueblos bárbaros solamente, y no á los egipcios, á los griegos, á los romanos, príncipes de la civilización.

No.

II.

Se trata de publicarla sin escepcion á todos los puntos al Oriente, y al Occidente, al universo entero. Los límites de la empresa son los del mundo. Los hielos del Norte, los ardores del Mediodía, la inmensidad del océano, la altura de las montañas, las arenas del desierto eran impotentes barreras para detener su curso. El colosal imperio de los Césares que se cree único en todo el universo, solo será una parte de esta futura Iglesia. El soberbio Romano, el perezoso Asiático, el voluptuoso Indio, el Moro estúpido, el valiente Germano, el feroz Scyta, todos entran en este proyecto.

III.

El pretendido imperio de los climas, la diversidad de razas, la antipatía de los espíritus, la ambición de gloria, la rivalidad del dominio, la oposición del interés, la diferencia de las costumbres, los vicios característicos de las naciones, no deben impedir que todos los pueblos formen una misma sociedad, adoptar la misma fé, practicar el mismo

culto, ejercitarse en las mismas virtudes y mirarse como hermanos (1).

1. Bullett Discours sur l'establiement des Christianisme:

CAPITULO VIII.

QUINTA DIFICULTAD

El tiempo.

I.

¿Qué tiempo se escogió para predicar esta inconcebible locura é imponer esta religion, no menos severa en su moral que absoluta en su dogma? ¿Acaso en alguno de esos fabulosos siglos, de que hablan los poetas, en que los hombres dispersos en las selvas, dispuestos á creer todos los sueños anunciados por hábiles impostores; siglos de oro, en que sin pasiones, como sin vicios, no encontraban los habitantes de la tierra obstáculo ninguno para recibir el yugo de la moral por pesado que fuera?

No.

Se escogió el siglo de Augusto; siglo perfectamente histórico.

II.

Qué era el siglo de Augusto? El siglo pagano mas esclarecido y mas corrompido; el siglo en que estaba mas adelantada la civilizacion material; el siglo de los oradores, de los poetas, de los filósofos, de los guerreros, de hombres tan grandes de todo género, que aún fanáticamente se presentan á la juventud como maestros y modelos; pero hombres tambien cuyos vicios parecen fabulosos y que la sola idea del deber y de reprimirse bastaba para enfurecerlos.

III.

El robo, la usura, las exacciones, el vicio infame bajo todas sus formas y con el refinamiento inaudito era su estudio, su vida, su triunfo. Su placer consistia en ver devorar á millares de hombres por los tigres, leones y panteras, ó en degollarlos.

Estaban tan acostumbrados á estos espectáculos que nunca el sol llegaba á su ocaso sin haberlos antes iluminado en alguna parte del globo; era tal el vicio por esto, que se sacrificaban enormes sumas, y el que queria llegar á los primeros puestos del imperio; por miserable que fuese, podia casi ase-

gurarlo con tal que los prometiese al pueblo frecuentemente.

IV.

Es preciso convenir en que no es menos difícil cambiar á los leones en corderos ó á las piedras en hijos de Abraham, que hacer aceptar á semejantes hombres en tal siglo el dogma y la moral del cristianismo.

CAPITULO IX.

SEXTA DIFICULTAD

Los calumniadores.

I.

Apenas apareció el cristianismo, cuando millares de voces calumniadoras se levantaron en su contra, lo siguieron, acompañaron, precedieron en todos sus caminos, arruinando sus primeras conquistas y haciendo imposibles las que meditaba. Divididos en todo los judíos y paganos se unieron para formar este formidable concierto cuyos ecos resonaban de Oriente á Occidente.

II.

Hombres de la nada, renegados, blasfemos, sediciosos, destructores de la verdadera religion, enemigos del pueblo de Dios, perturbadores de la paz pública, profanadores de la Escritura; fanáticos que

llevaban su audaz sacrilegio hasta sustituir al Dios de Abraham, de Isaac, y de Jacob, con un insigne malhechor, condenado en juicio y sentenciado á muerte por sus crímenes; tales eran con otras mayores injurias los epítetos con que los judíos apelidaban á los cristianos.

III.

Los paganos á su vez decían. Los cristianos, son ateos, cuya impiedad provoca la cólera de los dioses inmortales; tenebrosos mágicos que para mejor progresar no quieren entre ellos sabios, ni hombres virtuosos, ni nobles; sino solamente necios, incautos, pobres, niños, mujercillas, esclavos, facinerosos, como los que han inventado esta abominable superstición y cuyo gefe entregado á Pilatos por su propia nación ha sufrido justamente el infame suplicio de la cruz; monstruos con figura humana que en sus festines nocturnos degüellan un niño cuya sangre beben y comen la palpitante carne, entregándose despues á la mas infame disipación.

IV.

Estas calumnias y otras mil habian de tal modo prevalecido que el nombre de cristiano era co-

mo sinónimo de todos los crímenes, de manera que bastaba llevarlo para ser, sin el menor exámen, juzgado digno de todos los suplicios y del ódio del género humano. Neron mandó quemar viva á una enorme multitud, *multitudo ingens* por solo haber sido acusada de este crimen. Cuando eran conducidos á la muerte, un heraldo iba delante exclamando: Este es cristiano, enemigo de los emperadores y de los dioses, *Christianus, inimicus Deorum et Imperatorum*. Y esto bastaba para apagar todo sentimiento de piedad.

CAPITULO X.

SÉTIMA DIFICULTAD.

Los herejes.

I.

Perseguido por el odio universal, el cristianismo no tenia mas apoyo que el de la estrecha union de sus miembros. Derrepente un obstáculo, el peor quizá, se formó en su mismo seno.

II.

Se efectuó pues la division entre los cristianos; aparecieron los herejes. A algunos pasos del cenáculo de donde acababa de salir el cristianismo, levantaron altar frente altar. En la vida misma de los apóstoles, alteran la doctrina del Maestro hasta el grado de negar su divinidad. Por esta revolu-

cion debilitan la autoridad de los pastores en el espíritu de los neófitos. Pretenden anular la autenticidad de los Evangelios con historias llenas de falsedades. Con sus costumbres aún mas que con sus discursos predicán monstruosos errores que dan nacimiento á abominables sectas.

III.

Estas sectas aumentan y crecen como la cizaña. En menos de un siglo aparecen mas de ochenta. En Asia, Europa y Africa se encuentran á la vez. No puede dar un paso la nueva religion, sin que no la sigan para desacreditarla. Sus autores y aun ardientes propagadores son los sabios, los hombres del pueblo, las mujeres, y aún los diáconos y sacerdotes.

Aprovechándose de esta division los judíos y aun los paganos, repiten acordes que los cristianos no merecen ninguna confianza, puesto que ni entre sí se avienen.

En efecto, á quién se debe creer cuando los mismos predicadores unos dicen *sí* y otros *no*? La indiferencia y el desprecio es todo lo que merecen.

CAPITULO XI.

OCTAVA DIFICULTAD.

Los filósofos.

I.

Tras los herejes vienen los filósofos, judíos y paganos. En verdad que nunca fueron tan hostiles ni numerosos. Atentamente oían todas las consejas que corrian contra los cristianos. Se informan con curiosidad de todo lo que pasa en la nueva religion; y confundiendo á propósito á los verdaderos fieles con los herejes, imputan al cristianismo los errores que él condena y las abominaciones que reprueba. No escapan á sus pesquizas las mismas Escrituras y apologías.

II.

Armados con todo esto, se creen con deber de

probar en sus escritos públicos, que todo lo que se dice es cierto; que los cristianos son realmente ateos, igualmente enemigos de los dioses que de los emperadores, en una palabra, malvados tal como en el vulgo se cree; que sus doctrinas son un farrago de sueños, contradicciones é impiedades. Nada falta á sus escritos; citas, sarcasmos, razonamientos, erudicion, elocuencia, y aun ingenio.

III.

No olvidan ninguna objecion, si bien desde el siglo IV los mas hábiles enemigos de la religion no han podido encontrar nuevas. La causa está juzgada. Acostumbrado siempre el pueblo á creer la palabra de sus sabios se afirma fuertemente en su opinion contra los cristianos. Esta opinion esta reasumida en una sola palabra que renueva durante muchos siglos en los cuatro ángulos del mundo: Los cristianos al leon, *Christianos ad leonem*.

CAPITULO XII.

Los burlones.

I.

Mientras que los calumniadores llevan el cristianismo á la execracion universal, que los herejes lo desgarran en su seno, y que los filósofos lo arruinan en el espíritu de los letrados, los burlones se apoderan de él y lo exponen al ridículo del pueblo.

II.

Si se quiere tener idea aunque imperfecta del efecto que producian en las clases populares de Roma ó de Aténas, las comedias bufas, las innobles caricaturas, y las groseras burlas porque el cristianismo atravesaba, de que era pasto de los ignorantes y depravados, basta recordar lo que hemos visto, y lo que aun vemos.